LAS/12

MUJERES EN PÁGINA/12
28 DE ABRIL DE 2000
AÑO 3
NÚMERO 107

Segundo aniversario

Los varones que eligen:
Tununa Mercado
Alicia Steimberg
Ana María Shua
Elisa Carrió
Angélica Gorodischer
Cristina Banegas
Juliana Marino
María José Lubertino
Renata Schussheim
Marcia Schvartz
Sandra Russo
María Moreno
Marta Dillon
Moira Soto
Soledad Vallejos
Victoria Lescano

SUPER STOCK

Los hombres que amamos









SEGUNDO ANIVERSARIO

deme

Las/12 cumple dos años y se regala este número especial en el que celebra a un puñado de hombres ante los que alguna vez nos rendimos. Es una manera de ponerles nombre y apellido a las pasiones que supieron despertarnos, y de festejar otros doce meses en los que el suplemento abrió sus páginas a un variadísimo registro de voces femeninas. Esa fue, es y seguirá siendo la clave: la mujer no existe, las mujeres sí.

POR SANDRA RUSSO

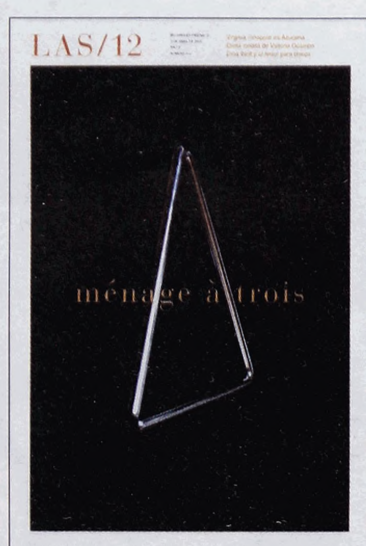
El primer cumpleaños nos agarró, hace un año, rodeadas por doce señores que se tomaron el trabajo de sentarse a escribir como mujeres y que nos permitieron un festejo de lujo. Esta vez, en cambio, tuvimos ganas de invitar a un puñado de mujeres que, sumadas a las de las chicas de la casa, eligieran a su hombre favorito. El resultado del trabajo es esta edición, en la que, bajo el título de "Los hombres que amamos", **Las/12** habla de esos varones ante los que alguna vez nos hemos rendido. La respuesta de las mujeres convocadas a participar de este número especial también da cuenta de la manera en la que las mujeres solemos hacer click bajo el influjo de un hombre. No están aquí esos muñecos a los que sin esfuerzo piropearíamos por la calle o en la pantalla. La consigna, que incluía la palabra "amor", conectó a todas las mujeres que firman estas notas con otro tipo de registro: ese escritor, ese personaje histórico o de ficción, ese director de cine que un buen día les partió la cabeza, les levantó el telón de un mundo nuevo o las envió a una dimensión desconocida.

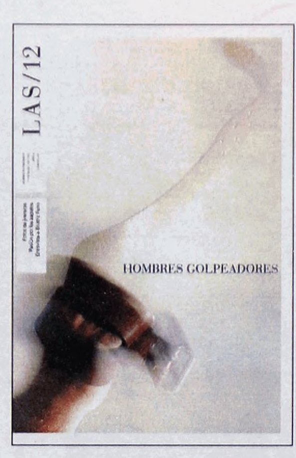
Durante todo este segundo año de vida, **Las/12** afianzó su estilo y su manera de detectar en el universo común los acentos femeninos. A veces esas voces rescatadas del barullo o del silencio fueron graves, potentes, provocadoras. Otras, fueron divertidas. No faltaron las voces frívolas, ni las delirantes. Caben todas. El único tamiz del suplemento es ése: el sentido de la pluralidad inagotable que esconde la palabra "mujeres", y que durante muchos años se pretendió amasar con esa misma palabra en singular. "La mujer" no existe, y no porque lo haya dicho Lacan. "La mujer" –ésa a la que se le dedican revistas, programas de televisión, otros suplementos de diarios– no existe, salvo que nos resignemos a aplanarnos, a achicarnos, a comprimirnos, a borrar de nosotras las diferencias que hacen que no solamente unas nos distingamos de otras, sino sobre todo que nos demos permiso para levantarnos cada día con el pie que se nos antoje. Lo femenino muta dentro de nosotras a cada instante, recomienza, nos pone en crisis, nos sacude y se burla de las que fuimos hace dos horas. Cada mujer es tantas mujeres que no es sorprendente que los hombres hayan acuñado aquel "son todas iguales" para arrullarse y tranquilizarse. Sobre los varones nos hemos ocupado entre risas, durante estos dos años, con la licencia de los arquetipos que se publican en nuestras contratapas –y que sólo por esta vez, ante la avalancha masculina del número especial, suspendemos–. Se entendió sin dificultad que esos grandes rasgos en los que muchos se reconocen y otros buscan reconocerse son una humorada que no sólo nos habilita a describir diferentes tipos de hombres, sino también a reírnos del cristal con el que los miramos. En cualquier pintura no tiene por qué haber más del pintado que del pintor.

En esta ocasión, en cambio, los hombres son admirados y tienen nombre y apellido. La riqueza de un género o de un transgénero reside tanto en lo que lo constituye –las generalidades, las cosas en común– como en los espacios que se reservan para convertir a cualquier miembro de ese género en único. Esa, probablemente, es la tecla que más toca este suplemento: la complicidad que surge de la identificación, y la libertad que surge de la pluralidad.

En tanto, como un collage que documenta la coctelera apasionante de las voces femeninas que hablaron en los últimos doce meses en las páginas de **Las/12**, elegimos casi al azar algunas frases de entrevistadas de diferente orden, importancia, ideología, preferencias, trabajos, signos y procedencias. Lo que salió, y que se publica en la contratapa de este número, es combustible.

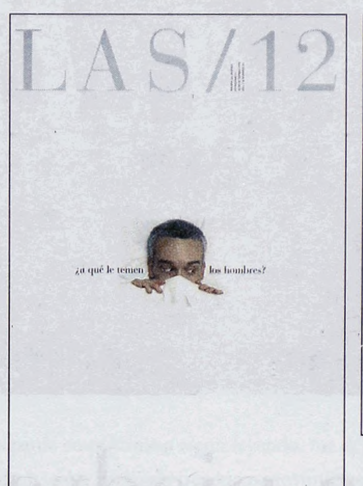

LAS/12
PIERCING *el cuerpo es el mensaje*


LAS/12
ménage à trois

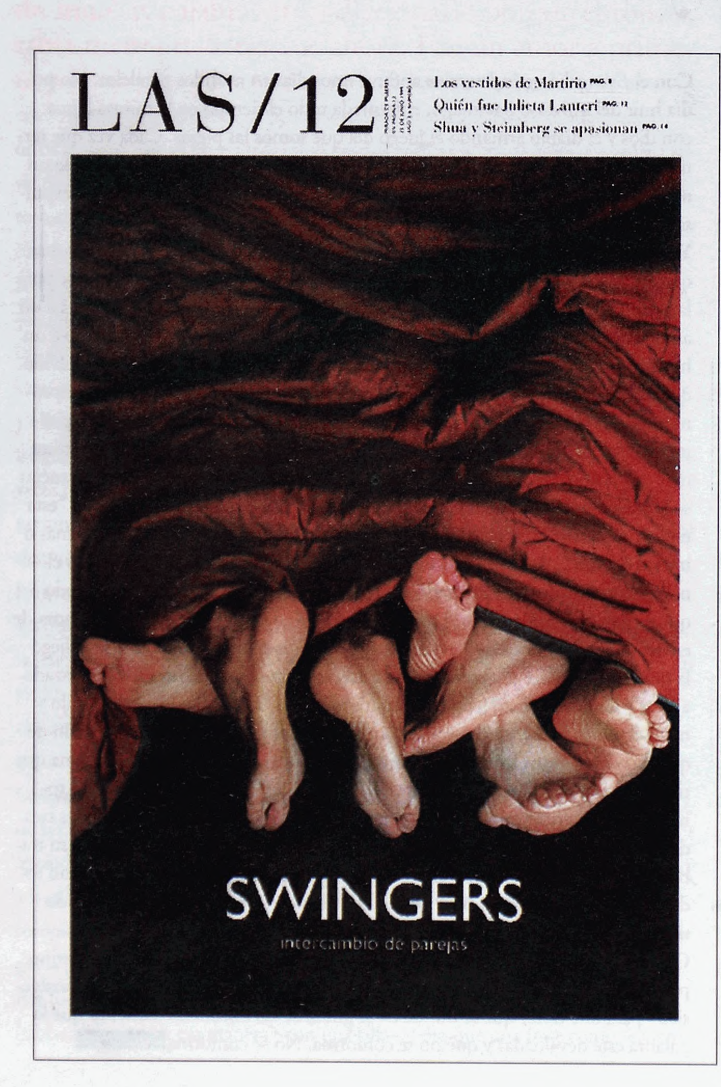

LAS/12
HOMBRES GOLPEADORES

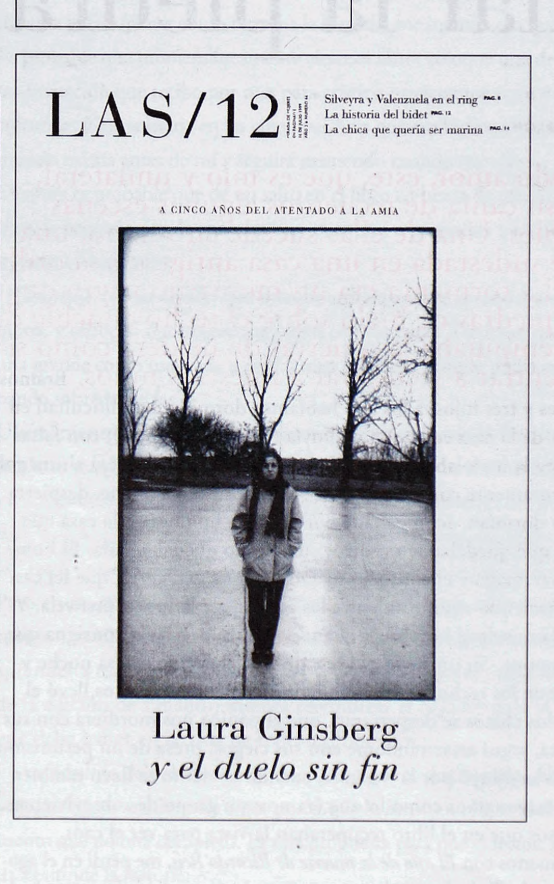

LAS/12
Valeria Bertuccelli se va para arriba
Moda vintage
Almudena Grandes, una clásica
o/a
sexismo en el lenguaje

dos


LAS/12
¿a qué le temen los hombres?


LAS/12
El Agrado de A. San Juan
Mujeres de presos
Las socialistas en París
LESBIANAS


LAS/12
Los vestidos de Martirio PÁG. 8
Quién fue Julieta Lanteri PÁG. 12
Shua y Steimberg se apasionan PÁG. 14
SWINGERS
intercambio de parejas


LAS/12
Silveyra y Valenzuela en el ring PÁG. 8
La historia del bidet PÁG. 12
La chica que quería ser marina PÁG. 14
A CINCO AÑOS DEL ATENTADO A LA AMIA
Laura Ginsberg
y el duelo sin fin



Amar la piedra y no la estatua

POR MARTA DILLON

Como todo amor, éste, que es mío y unilateral, tiene en su cajita de recuerdos algunas escenas memorables. Una de ellas sucede en verano, una noche de sudestada en una casa antigua, a la orilla del mar. La tormenta era un monstruo negro que arrojaba piedras de hielo sobre el techo endeble de la casa y empujaba las puertas de madera como si quisiera entrar a secuestrar a nuestros niños. Eramos cuatro mujeres y tres hijos, a los que habíamos dormido con dificultad en el único lugar de la casa en el que no llovía (bajo una cucheta), con falsas promesas sobre la inviolabilidad de los techos de chapa que a esa altura golpeaban peligrosamente contra las vigas. Fui centinela esa noche, despierta cuando todos dormían, acompañada por el único hombre de la casa que me explicaba qué quedaba de nosotros cuando no quedaba nada. El hombre era José Saramago y el consuelo su *Ensayo sobre la ceguera*, que leí casi sin respirar, haciendo equilibrio entre las goteras y a la luz de una vela. Y leí detrás de la novela al hombre, acatando, sin conocerla, la consigna que el escritor propone. Su universo me rescató del naufragio de esa noche y aún después que los techos se volaran definitivamente –sí, se los llevó el viento–, que los chicos se despertaran, que el pánico nos mordiera con sus dientes de rata, seguí arrastrándome con sus ciegos, presa de un pesimismo atroz que sólo se diluyó por la mañana, cuando el viento se llevó también las nubes y desayunamos como lo que éramos: un grupo de sobrevivientes, parecidos a esos que en el libro recuperaban la vista para ver el caos.

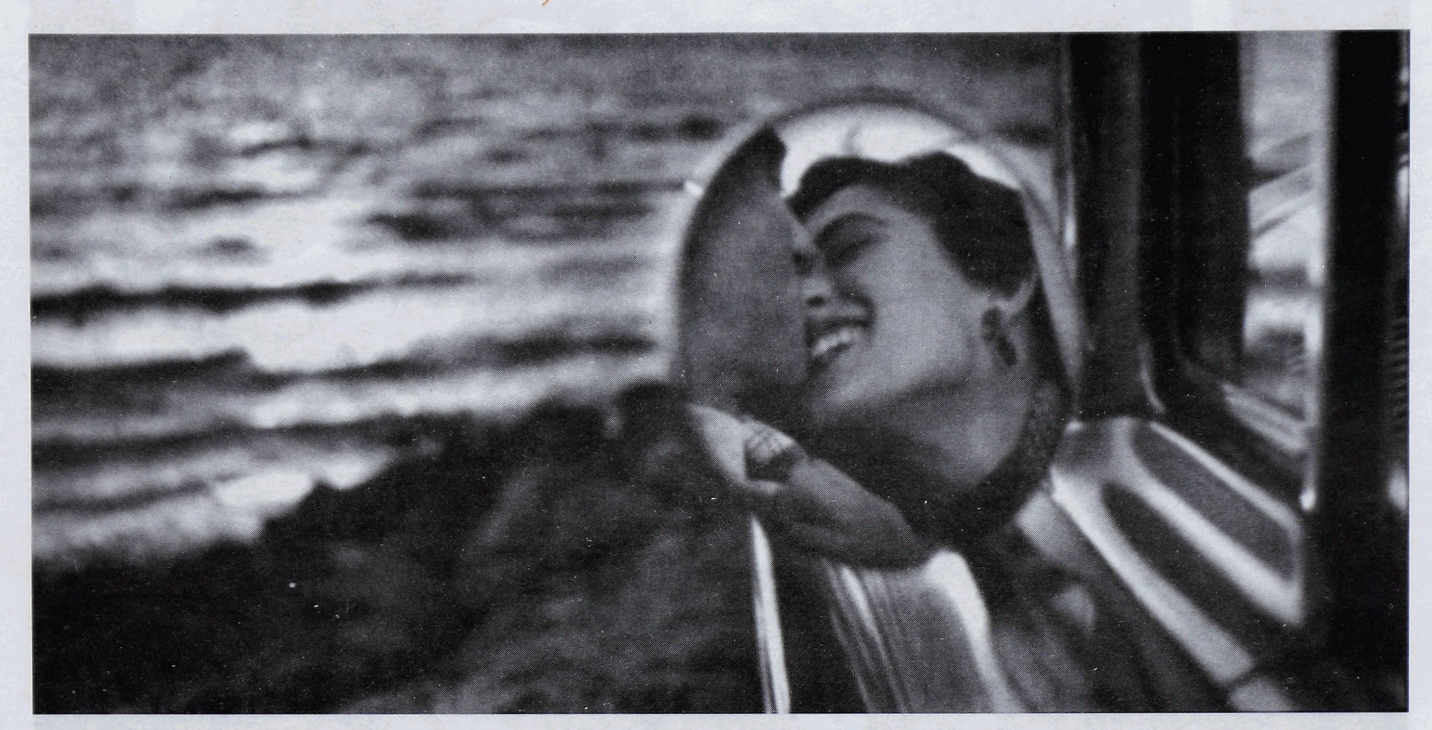
Visité a mis muertos con *El año de la muerte de Ricardo Reis*, me perdí en el agobiante laberinto de *Todos los nombres*, navegué en *La barca de piedra* separada de todos los continentes, del tiempo –esa dimensión del tiempo que sólo puede ofrecer un hombre que esperó hasta que la suma de los días que vivió dio 58 años para publicar la primera novela–, durmiendo al ralente como esas parejas que se encuentran en ese libro y hacen el amor y convocan a la magia. ¿Cómo puede alguien construir el mundo con la palabra? La palabra como una herramienta a la que hay que cuidar y limpiar como un mecánico limpia y aceita sus llaves. Y a la vez ¿no es ése el sentido de la palabra, nombrar el mundo y darle vida?

Con el *Evangelio según Jesucristo* anduve unos días en mundos paralelos. No podía huir del universo Saramago, enfrentada todo el tiempo en la misma barca con dios y el diablo armando el juego del que somos las piezas. Cada vez que terminé uno de sus libros lloré de nostalgia, como si me hubieran expulsado de un mundo privado que por unos instantes fue el mío y yo tuviera que volver, expulsada, refugiada, al mío, al de todos los días y todos los nombres.

Ya sé que amar es amar también un cuerpo, un hombre completo (y el hombre que amo sabe que su nombre está grabado en mi piel), pero éste es un amor por la piedra y no por la estatua, como dice el escritor sobre sus últimos libros. Es un amor que me convoca a las lágrimas porque trae la certeza de haber hallado a un hombre que nombra las cosas para salvarlas de la muerte irremediable del olvido, que no se conforma con asistir a las atrocidades del mundo sino que se compromete con la denuncia, aun cuando la sienta inútil, aun cuando se confiese pesimista. Un "comunista recalcitrante", se define, cuando el comunismo no existe más que como "un estado del espíritu", que todavía espera que las circunstancias se modelen humanamente y que prefiere arriesgarse a callar por no caer en "esta especie de apatía que acaba por gangrenarnos la sangre y hacernos a todos más o menos egoístas". Saramago ya no cree en la identidad de los nombres, pero él nombró a su padre –el empleado del registro civil usó como apellido el apodo que recibía su familia y que el padre asumió como propio cuando llegó la hora de enviar al hijo a la escuela– y rescató a su abuelo contando cómo cuando le llegó la hora de la muerte se despidió de sus árboles –una higuera, un olivo– abrazado a ellos y llorando. "Esto había que contarlo y yo lo hice", dijo el escritor, hijo y nieto de analfabetos, consciente de que escribe casi con la misma resignación de quien cumple todos los días con un trabajo: "Sufro lo que sufre toda persona que tiene que trabajar, y escribir es para mí un trabajo. Hay que quitar esa idea romántica del escritor que está en su buhardilla, con la luz encendida hasta las tres de la mañana mientras que el pobre burgués que pasa por la calle rumbo a su trabajo dice: allí está el creador, escribiendo... La escritura es un trabajo, y como todo trabajo tiene que estar bien hecho, con sentido y responsabilidad. Cuando uno no sabe lo que quiere sufre".

Que exista Saramago, para mí, es tener la certeza de que todavía hay un destino posible, un horizonte para la palabra, un remedio posible –tal vez sólo un analgésico– para este dolor que se hunde en la grieta de las injusticias (lamento que la palabra esté devaluada) y que no se conforma. No se conforma.

Gianni, el fantástico



POR ALICIA STEIMBERG

Mi amor por él nació con su *Grammatica Della Fantasia*, que leí hace años en la versión original, buscando muchas palabras en el diccionario porque entonces sabía menos italiano que ahora. Fue un amor a primera página y es para toda la vida, aunque fue producto de un encuentro breve que interrumpí para brindarme, con mi habitual infidelidad, a otros amores: dejé el libro inconcluso porque me bastó con el comienzo y una serie de fragmentos que encontré hojeándolo al azar. Gianni Rodari muy joven (esto sucede en 1937 y él nació en 1920) es contratado para enseñar italiano a los niños de una familia de judíos alemanes que se establece en Italia, cerca del lago Maggiore, creyendo escapar de ese modo a la persecución racial. "Lo creyeron por pocos meses", agrega Rodari. Y dice también: "Fue una época hermosa, mientras duró". Y como si fuera poco lo que contenía ese primer párrafo, también dice que en el tiempo libre que le dejaban las clases caminaba por el bosque y leía a Dostoiewski. Aprendió un poco de alemán y se lanzó a leer libros en esa lengua "con la pasión, el desorden y la sensualidad que rinden al que estudia cien veces más que cien años de clases". Descubrí que Rodari y yo teníamos tantas cosas amadas en común, según este comienzo de su libro escrito más de treinta años después del episodio, que yo no podía sino enamorarme de él: la pasión por las lenguas, la misma idea de cómo se aprenden, la devoción por ciertos paseos acompañados de una lectura. Nunca olvidaré, en unas vacaciones en el Uruguay, la felicidad de las noches en que me sentaba a la luz de una única lamparita en un jardín en sombras y perfumado de pinos a leer a Simone de Beauvoir, las *Memorias de una joven formal*, con el fervor de mi propia juventud: ¡Yo misma me sentía un personaje de aquel París de la posguerra!

La *Grammatica*... relata los intentos de Rodari de profundizar en los mecanismos de la fantasía, en las leyes apenas entrevistas de la invención. Pero, ¿qué apuntala y agranda mi amor por él? Escuchen esto: Nos cuenta que una mañana una silla salió a la calle muy apurada y echó a correr por la calle. De pronto tropezó, se cayó y se rompió una pata. Un muchacho que pasaba se detuvo y con toda paciencia le arregló la pata, mientras le decía: "¡No corras así! Hay más tiempo que vida".

Ese fue el golpe de gracia: ya nunca dejaría de amar al hombre que podía hacer hablar a alguien de esa manera –con una silla–. Sólo que una frase como ésa, en lugar de empujarme a seguir leyendo, me deja momentáneamente paralizada de admiración, haciendo frenéticos movimientos afirmativos con la cabeza. No me interesa mayormente cómo termina la historia, me interesa eso que acabo de leer. Es probable que momentáneamente cierre el libro, coloque una de las mil tarjetas-invitación que recibo por mes para asistir a otros tantos actos y actividades culturales y me sumerja en las cinco palabras que me hicieron recordar que el mundo existía antes de mí y seguirá existiendo cuando me vaya.

Después es probable que dé un salto en el libro en busca de otro fragmento en letra más pequeña donde aparezca otro cuentito, o propuesta para un cuento, y enseguida lo encuentre:

"Había una vez un caballo que deseaba ardientemente aprender a escribir a máquina, y estropeó docenas de máquinas con sus patas. Tuvieron que construirle una grande como una casa, y estaba muy contento porque podía escribir galopando sobre las teclas".

Ultimamente oigo decir con frecuencia, con demasiada frecuencia: "Esa película es rara". "Ese libro es raro." Confieso que me resulta enojoso porque es la expresión de cierta desconfianza, como si quisieran decir: meperturban, pueden ser peligrosos. Desde un punto de vista secamente racional no es "raro" que un caballo quiera aprender a escribir a máquina: es imposible. Pero en un cuento nada es imposible, así como nada es imposible en un sueño. Las sillas salen corriendo a la calle y los caballos atesoran el deseo de aprender a escribir a máquina. La propuesta de Rodari, dice la contratapa de la edición de Einaudi, intenta reivindicar el espacio para la imaginación que debe haber en la vida de todo ser humano.

En realidad no dejé el libro inconcluso, sino que lo dejé abierto. Ahora me acompaña, mientras confieso mi amor por el que lo escribió. Hojeándolo al azar leo un cuento que no está completo. Es una propuesta para que el lector, grande o chico, continúe la historia:

"Un tipo va a ver al zapatero porque quiere encargarle un par de zapatos para las manos. Es un hombre que camina con las manos. Con los pies come y toca el armonio. Es un hombre al revés. Habla al revés. Llama agua al pan, y pastilla de limón a un supositorio de glicerina..."

Con este amor no tengo celos. Al contrario, me alegraría que todos leyeran y se enamorasen de Gianni Rodari.



uno por uno

POR TUNUNA MERCADO

El hombre que amé en 1950 tenía doce años y se llamaba Elvio. Debe haber sido un tiempo cuya brevedad sólo puede merecer justicia por los años en que ha perdurado hasta hoy la imagen del encuentro. El se apostaba al frente de mi casa y lloviera o tronara permanecía allí como un centinela. El faro, sin modestia, era yo en la planta alta de mi casa, mirándolo desde atrás de los visillos de la ventana, quebrada por la emoción, como suele decirse cuando ataca el amor de súbito y se desconoce cuál es la índole de lo que ha sobrevenido. Lo he contado en un relato anterior a éste: él hizo algún gesto, de beso como un soplo, cuando me vio al apartar las cortinas. Alguien nos vio desde otra ventana y el encuentro amoroso se convirtió en un objeto de burla de los mayores. El que amé después se llamaba Jorge Lucero y tenía 17. La palabra deseo no estaba en el léxico de los adolescentes, y él usó otra: anhelo, que se le antojó más elegante, menos delatora de la extrema tensión de los cuerpos que la declaración de amor disimulaba, y que las cartas decían entre líneas. Me enamoré de Segundo Argañarás Córdoba, en Tucumán, en un viaje de estudiantes, porque tocaba la guitarra –razón pavesiana– y porque me previno, mientras me besaba: No se enamore, niña. Me he pasado la vida sabiendo de esos amores, siempre alguien los vio, o los encontró, y al mencionarme me recordaban, y así se alimentan mis desvelos amorosos. No los dejo ir. Si sueño con ellos y me despierto aún enamorada les escribo cartas, busco su destino a través de agentes de inteligencia, los ubico en los lugares y países donde viven. Me enamoré de un santafesino que estudiaba Ingeniería en La Plata y pasé con él una semana en su triste pensión que se convirtió en el encendido recinto de un amor desprejuiciado y joven. Veinticinco años después me invitaron a un programa literario en una radio de La Plata. Cuando terminó la entrevista el periodista me preguntó si tenía algo que agregar. Y ahí me lancé con todo: dije que si un ingeniero que había conocido en unas vacaciones en Mendoza a comienzos de 1960, con quien había pasado una de las semanas más intensas de mi vida, me estaba escuchando, si, como suponía, no podía manifestar nada porque estaba con su mujer oyendo el programa, que en silencio se dejara sentir lo que mis palabras le decían en esa tarde de sábado. No puedo decir su nombre porque él sigue escuchando la radio con su mujer. Me enamoré de un belga flamenco que estaba sentado junto a mí en el cine de un museo en París después de haber visto las salas de arte moderno. De ese amor furtivo salió mi texto, *La casa del amor*, en el que la materia del arte en los museos es el Cupido que lanza las flechas sin que los desprevenidos visitantes lo perciban. No duró mucho ese amor, el trayecto de cuatro estaciones de metro, pero su fugacidad fue desmentida por el modo en que él en mí perdura.

Me perturbó muchísimo haber suscitado una frase de Luis Cardoza y Aragón, escritor guatemalteco, el de *Guatemala, las líneas de su mano*: "Tú y yo en el '30 nos habríamos amado". "Ahora...", le contesté. Pero él sólo me daba un beso cuando nadie nos veía. Después supe que daba besos a muchas otras mujeres, que era un avezado besuqueiro furtivo. Tuve otro amor clandestino con un carpintero que se llamaba Francisco Boscicio, que no figura en ninguna de las guías de teléfonos de este país donde busco su nombre cada vez que tengo la ocasión de tener una entre mis manos. Era muy vanidoso, me decía que aquilatara bien quién era él y cómo era porque iba a ser difícil que encontrara a alguien con sus cualidades. El drama es que estaba enamorado de otra. Tampoco encontré el número de teléfono de Philippe Lequerrec o Le Querrec, músico, de quien me había enamorado en las islas Lerins, cuando él tocaba el fagot en una orquesta de la Haute Provence. El drama en este caso es que me di cuenta de mis sentimientos cuando ya me había subido a un tren; durante años, ni aun apelando a las tecnologías más avanzadas, incluido el buscador Minitel en su momento, ha sido posible encontrarlo y decirle lo que me había pasado. Estos hombres que amé están en una especie de Olimpo inalcanzable pero no imposible. Cuando yo era chica, una tía vieja y soltera solía preguntarse, a la hora del Angelus, cuando la melancolía teñía sus horas, "¿Dónde están aquellos que dejé? ¿Dónde?". Yo entendía sus arrepentimientos, ya entonces sabía que a ellos no hay que dejarlos pasar, que ni siquiera es una cuestión de voluntad: los amores, si se ha llegado a sobrevivirlos, repiten sus síntomas, aun en sueños.

El primero fue Gregory

POR ANA MARÍA SHUA

Curioso. No creí que llegaría a amar a ningún hombre. Me gustaban los libros de aventuras, pero me identificaba con los caballeros, jamás con las pálidas y aburridas princesas. Durante años fui el Príncipe Valiente, luché contra los pictos, fui armado caballero por el rey Arturo pero nunca logré enamorarme de la Reina Aleta y mucho menos de las estúpidas damas de Thule. Hasta que descubrí *La hija del Corsario Negro*, de Salgari, y entonces sí, quizá por primera vez, desde la valiente y aventurera Yolanda de Ventimiglia, pude amar al capitán Morgan.

De todos modos la atracción por un hombre real seguía siendo un absoluto misterio que comenzó a aclararse un poco cuando vi a Gregory Peck en *La princesa que quería vivir*. Debía tener diez años por entonces, y por las noches lloraba con angustia pensando que jamás tendría una cintura como la de Sissi Emperatriz (a tan tierna edad la mía ya medía unos quince centímetros más que la de Romy Schneider) pero no para seducir al emperador, ese rubio insípido y mofletudo, sino al bueno de Gregory.

Debo decir que amé también al Fantasma de la Opera, con la voz de Narciso Ibáñez Menta. Por lo menos hasta que Cristina le arrancó la máscara delante de todos los teleespectadores. Digamos que seguí amándolo, pero sólo con la máscara puesta.

Ya tenía inclinaciones muy definidas cuando compartí la celda del castillo de If con Edmundo Dantés, que sería después el Conde de Montecristo. Su voz, ¿no era muy parecida a la del Fantasma de la Opera? Años después, cuando empecé a presentar trabajos en concursos literarios, todavía usaba como seudónimo "Mercedes Dantés", el nombre que hubiera tenido ella, la amada de Montecristo, si se hubiera casado con él, si lo hubiera esperado en lugar de traicionarlo con Fernando.

Poco a poco vamos llegando al punto culminante de mis pasiones literario-cinematográficas, amores que fundían actores y personajes en confusas amalgamas. En este punto debo confesar que vi catorce veces *El tulipán negro*. Con Alain Delon. Lo interesante es que Alain Delon hacía dos papeles pero yo sólo me enamoré de uno: del malo, por supuesto. Del donjuán seductor, irresponsable, aventurero que finalmente se redime adoptando el papel de su hermano gemelo en defensa de una buena causa. Con el hermano gemelo, nada. No me hacía ni pío. Con lo que queda demostrado que una se enamora de una personalidad más que de una cara. O de un cuerpo. Ahora, si la cara y el cuerpo resultan ser los de Alain Delon en 1965, mucho mejor.

De los personajes a los escritores no había más que un paso. Como todas las mujeres de mi generación, estuve enamorada de Oliveira, que era también Cortázar. Pero nunca lo quise tanto como para intentar parecerme a La Maga, esa pobre imbécil cuya mágica intuición estaba respaldada por una intensa ignorancia. ¿Era necesario ser un poco idiota para ser amada por un hombre brillante? Sin embargo, allí estaban para desmentirlo Sartre y Simone de Beauvoir. Creo que fue para esa época en que decidí que Sartre no era para mí. Con inteligencia y todo, prefería quedarme con Terence Stamp (siempre haciendo de malo). O con Gregory Peck, para el caso, pero el eterno GP de La Princesa y no el real, que persistía en envejecer sin respeto por mis sentimientos. Quizás el último de mis grandes amores literarios fue James Baldwin. Me costó aceptar que fuera gay. Me costó aceptar que fuera tan feo. Cuando llegaron los escritores del boom, ya estaba desengañada y mis pasiones se habían vuelto francamente terrestres. Sólo por un instante me sentí dividida entre Aureliano y José Arcadio, como quien trata de elegir entre el cuerpo y el alma.

Pero qué pena que Alain Delon no haya representado nunca al Conde de Valmont.

Torrentes para John

POR MARÍA MORENO

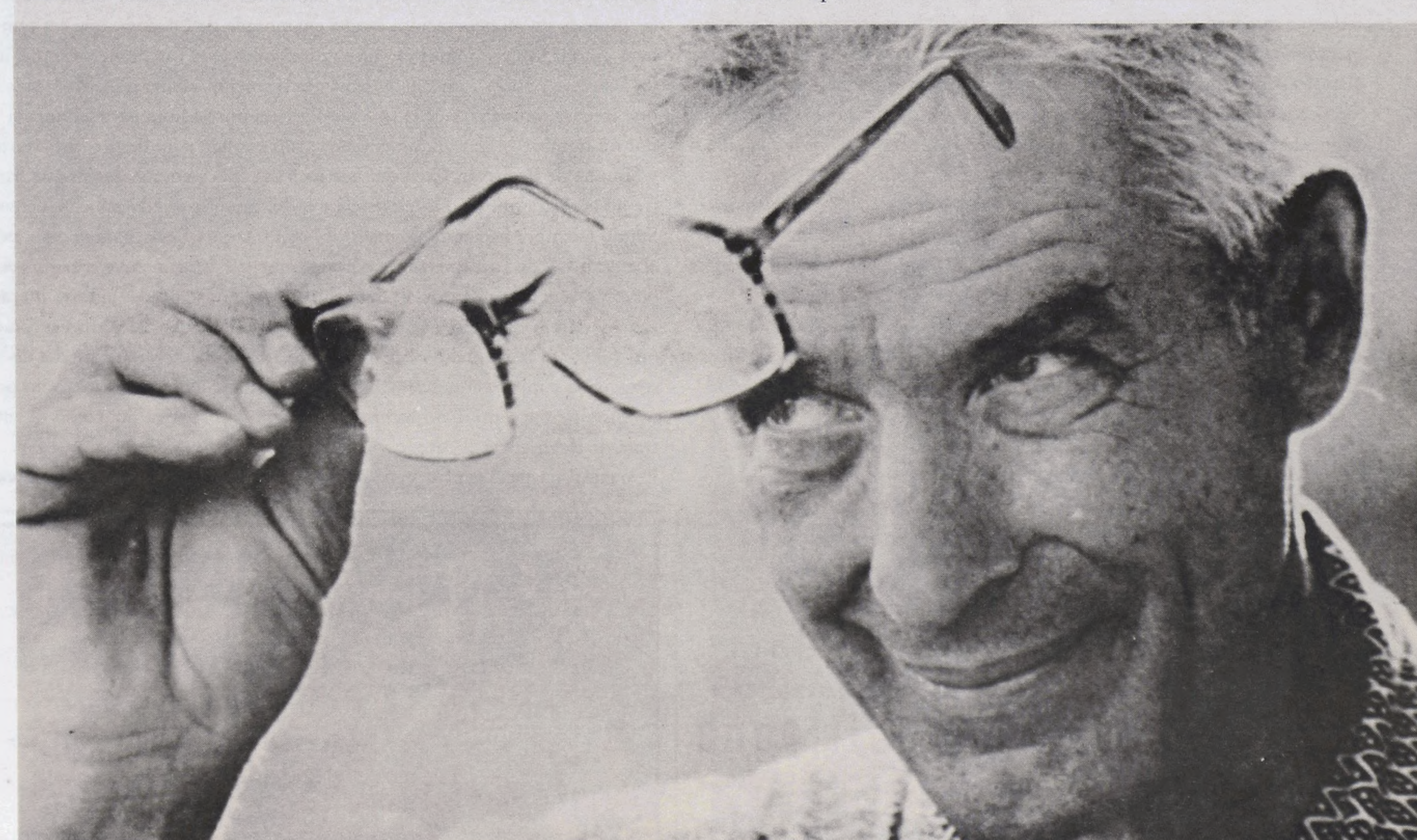
Hay seres a quienes es mejor leer que encontrar. Hay otros a los que es mejor encontrar que leer. Hay autores muertos que parecen tan vivos como nuestros amigos y hay autores vivos que parecen tan muertos como el que "escribió" con pinturas en las cavernas de Lascaux. Pero cuando el autor es un realizador cinematográfico siempre puede hacerse presente.

Entre mi escueta colección de admirables John Cassavettes es el único hombre al que me hubiera gustado conocer. Alguien que, habitante inaccesible de un país lejano, y cuya lengua desconozco, me hizo amarlo *en ausencia y esfinge*. Pero amarlo en un sentido más preciso que el de erotizar su rostro estilo El Cerebro Mágico –una imagen que decoraba un juego de ingenio de los años cincuenta–, sus cejas en forma de acento circunflejo y sus labios cuya carne parece oponerse al ascetismo de un esqueleto que simula estar a flor de piel. Quizá lo que amo de él es su manera de amar a una mujer –haciéndome identificar con ella–, a la suya propia, Gena Rowlands, a quien dirigió en varias de sus películas (*Gloria*, *Torrentes de amor*, *Minnie y Moscowitz*, *Una mujer bajo influencia*, por citar las que más se sostuvieron en la carteleras de Buenos Aires). Sobre todo en *Torrentes de amor*, adonde él la acompaña como actor en un vínculo lo suficientemente ambiguo como para que el espectador ignore si los protagonistas son dos hermanos o dos ex amantes ¿Un chiste privado entre los integrantes de un matrimonio de larga data? En esa película John parece decir: el enamorado es animista a su modo; el dolor de amar se materializa allí, en el interior del cuerpo, en el océano de la sangre, de sus ríos adonde –según la filosofía hematológica– cada ser es único a pesar de sentirse intoxicado totalmente por el otro. El amor no podría alojarse en las vísceras (continentes bajos), ni siquiera en el cerebro y el corazón, que deben estar regados por la sangre para conservar su función mítica. El amor es un torrente... sanguíneo. Las metáforas son precisas y vienen de lejos: "lo escribiré con sangre", "me has herido", "quisiera abrir lentamente mis venas". "El torrente para", le dice el psiquiatra a Sarah Lawson (*Torrentes de amor*). Ella le dice que no, que no es posible. Si el torrente pasa ya no queda aire en los pulmones, ni pensamientos en la mente, el cauce está seco. John suele filmar a Gena como una loca de amor, pero no desde el lugar de la ilegítima o la amante sino de la esposa, de alguien que sostiene el amor extremo, el derecho a vivir como una desollada viva o enhebrando uno tras otro *momentos supremos* en el interior de la familia: Sarah Lawson y Mabel Longhetti (*Una mujer bajo influencia)* oscilan entre el hogar y el manicomio. John sugiere que la pasión no se opone a la familia y además filma con parientes propios y de su esposa. Gena a veces trabaja en compañía de su madre Lady Rowlands y de su hermano David. Lady Rowlands es la madre de Minnie en *Minnie y Moscowitz* y la de Mabel Longhetti en *Una mujer bajo influencia*, su hijo el psiquiatra de Sarah interpretado por Gena en *Torrentes de amor*, donde Alejandra Cassavettes es la corista del bar nocturno. Otros nombres *familiares* insisten en los créditos de las películas de Cassavettes, sus primos (los Papamichael), Diana y Margaret Abbot, los Gazzara, los Cassel.

Katherine Cassavettes es la madre de Nick (Peter Falk) en *Una mujer bajo influencia*. John trabaja con los de su sangre en una mezcla de tragedia griega y mafia italiana. También ha dicho a menudo –y sus personajes– que toda mujer tiene un secreto y que lo interesante es que ella lo entregue voluntariamente.

"Yo no dirijo a los actores", se jactaba. Es cierto, era un amo más feroz, quería enfrentarlos con quienes son, hacer emerger sus más ocultos deseos. Quizá porque difícilmente las mujeres reales entreguen su secreto o mientan, esto le sirvió para seguir filmando. Para el común de la gente, la mujer con más secretos es la que pasea por la ciudad con todos sus despojos hogareños en un changuito, envuelta en una frazada, sin lugar a donde volver. Poco antes de morir, John Cassavettes escribió una obra de teatro titulada *A Woman of Mistery* . Es sobre una de esas mujeres sin techo. Lleva dos valijas con sus cosas, camina. Le dio el papel a Gena como si le anticipara "muerto el jefe de la familia y con una casa inestable, ¿qué te queda sino la calle?". Una muchacha llamada Georgi conoce a la mujer misteriosa y afirma que ésta es su madre, quien la habría abandonado al nacer. La ama y como si el amor fuera contagioso (y lo es) un hombre y luego otro se enamoran de la homeless. Al igual que en los cuentos de hadas ésta pasa de la calle y los andrajos a una velada de gala donde luce un vestido de satén negro. A la larga Georgi probará que su certeza no es una ilusión. Pero esta mujer, la mujer misteriosa, no puede retribuirle su amor. En la última escena vuelve a estar sola con sus valijas. En la calle, John le ofrece así a Gena la profecía de una resurrección, a la manera de la familia, por el reencuentro con un lazo de sangre. También le profetiza que, muerto él, ya no sabrá amar. Pero mediante una transacción la libera: en realidad la última escena no prescribe la soledad sino la continuidad del misterio. Como si dijera "si se nos ha amado, se nos volverá a amar".

Ese es mi tipo.



Torrentes para John

POR MARÍA MORENO

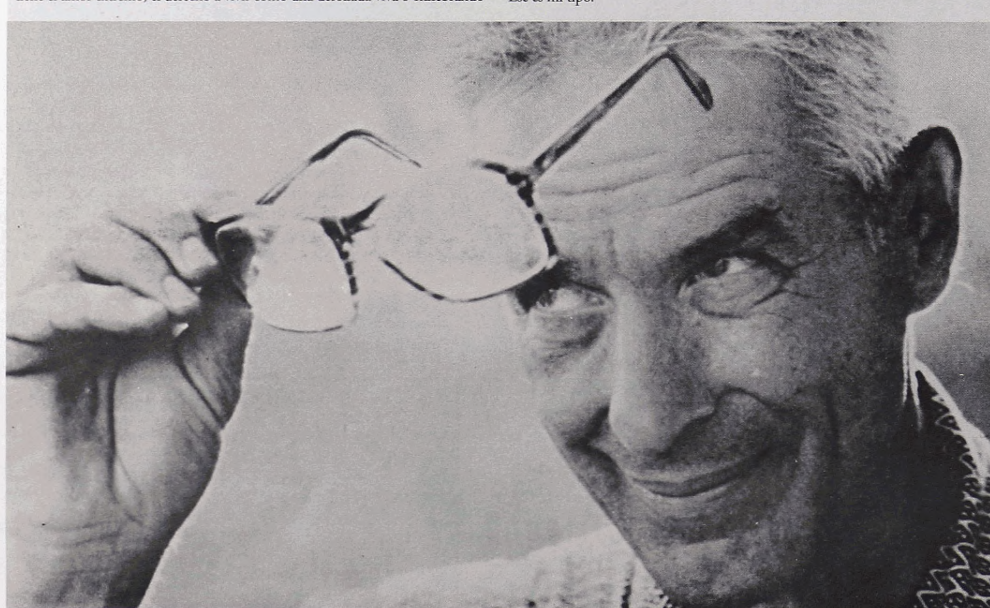
Hay seres a quienes es mejor leer que encontrar. Hay otros a los que es mejor encontrar que leer. Hay autores muertos que parecen tan vivos como nuestros amigos y hay autores vivos que parecen tan muertos como el que "escribió" con pinturas en las cavernas de Lascaux. Pero cuando el autor es un realizador cinematográfico siempre puede hacerse presente.

Entre mi escueta colección de admirables John Cassavettes es el único hombre al que me hubiera gustado conocer. Alguien que, habitante inaccesible de un país lejano, y cuya lengua desconozco, me hizo amarlo *en ausencia y esfinge*. Pero amarlo en un sentido más preciso que el de erotizar su rostro estilo El Cerebro Mágico –una imagen que decoraba un juego de ingenio de los años cincuenta–, sus cejas en forma de acento circunflejo y sus labios cuya carne parece oponerse al ascetismo de un esqueleto que simula estar a flor de piel. Quizá lo que amo de él es su manera de amar a una mujer –haciéndome identificar con ella–, a la suya propia, Gena Rowlands, a quien dirigió en varias de sus películas (*Gloria*, *Torrentes de amor*, *Minnie y Moscowitz*, *Una mujer bajo influencia*, por citar las que más se sostuvieron en la carteleras de Buenos Aires). Sobre todo en *Torrentes de amor*, adonde él la acompaña como actor en un vínculo lo suficientemente ambiguo como para que el espectador ignore si los protagonistas son dos hermanos o dos ex amantes ¿Un chiste privado entre los integrantes de un matrimonio de larga data? En esa película John parece decir: el enamorado es animista a su modo; el dolor de amar se materializa allí, en el interior del cuerpo, en el océano de la sangre, de sus ríos adonde –según la filosofía hematológica– cada ser es único a pesar de sentirse intoxicado totalmente por el otro. El amor no podría alojarse en las vísceras (continentes bajos), ni siquiera en el cerebro y el corazón, que deben estar regados por la sangre para conservar su función mítica. El amor es un torrente... sanguíneo. Las metáforas son precisas y vienen de lejos: "lo escribiré con sangre", "me has herido", "quisiera abrir lentamente mis venas". "El torrente para", le dice el psiquiatra a Sarah Lawson (*Torrentes de amor*). Ella le dice que no, que no es posible. Si el torrente pasa ya no queda aire en los pulmones, ni pensamientos en la mente, el cauce está seco. John suele filmar a Gena como una loca de amor, pero no desde el lugar de la ilegítima o la amante sino de la esposa, de alguien que sostiene el amor extremo, el derecho a vivir como una desollada viva o enhebrando uno tras otro *momentos supremos* en el interior de la familia: Sarah Lawson y Mabel Longhetti (*Una mujer bajo influencia)* oscilan entre el hogar y el manicomio. John sugiere que la pasión no se opone a la familia y además filma con parientes propios y de su esposa. Gena a veces trabaja en compañía de su madre Lady Rowlands y de su hermano David. Lady Rowlands es la madre de Minnie en *Minnie y Moscowitz* y la de Mabel Longhetti en *Una mujer bajo influencia*, su hijo el psiquiatra de Sarah interpretado por Gena en *Torrentes de amor*, donde Alejandra Cassavettes es la corista del bar nocturno. Otros nombres *familiares* insisten en los créditos de las películas de Cassavettes, sus primos (los Papamichael), Diana y Margaret Abbot, los Gazzara, los Cassel.

Katherine Cassavettes es la madre de Nick (Peter Falk) en *Una mujer bajo influencia*. John trabaja con los de su sangre en una mezcla de tragedia griega y mafia italiana. También ha dicho a menudo –y sus personajes– que toda mujer tiene un secreto y que lo interesante es que ella lo entregue voluntariamente.

"Yo no dirijo a los actores", se jactaba. Es cierto, era un amo más feroz, quería enfrentarlos con quienes son, hacer emerger sus más ocultos deseos. Quizá porque difícilmente las mujeres reales entreguen su secreto o mientan, esto le sirvió para seguir filmando. Para el común de la gente, la mujer con más secretos es la que pasea por la ciudad con todos sus despojos hogareños en un changuito, envuelta en una frazada, sin lugar a donde volver. Poco antes de morir, John Cassavettes escribió una obra de teatro titulada *A Woman of Mistery* . Es sobre una de esas mujeres sin techo. Lleva dos valijas con sus cosas, camina. Le dio el papel a Gena como si le anticipara "muerto el jefe de la familia y con una casa inestable, ¿qué te queda sino la calle?". Una muchacha llamada Georgi conoce a la mujer misteriosa y afirma que ésta es su madre, quien la habría abandonado al nacer. La ama y como si el amor fuera contagioso (y lo es) un hombre y luego otro se enamoran de la homeless. Al igual que en los cuentos de hadas ésta pasa de la calle y los andrajos a una velada de gala donde luce un vestido de satén negro. A la larga Georgi probará que su certeza no es una ilusión. Pero esta mujer, la mujer misteriosa, no puede retribuirle su amor. En la última escena vuelve a estar sola con sus valijas. En la calle, John le ofrece así a Gena la profecía de una resurrección, a la manera de la familia, por el reencuentro con un lazo de sangre. También le profetiza que, muerto él, ya no sabrá amar. Pero mediante una transacción la libera: en realidad la última escena no prescribe la soledad sino la continuidad del misterio. Como si dijera "si se nos ha amado, se nos volverá a amar".

Ese es mi tipo.





Mandrake, toda la vida

POR ANGÉLICA GORODISCHER

Pues sí, lo amé toda la vida y por supuesto que lo sigo amando porque no se deja de lado así nomás un amor tan persistente.
¿Que por qué lo amo? Ah, caramba, vamos a tratar de averiguarlo sin recurrir a Monsieur Pascal, que está tan manoseado el pobre que cada vez que se habla de corazones y de razones sus huesos se deben revolver en la tumba, pero creo que lo amé desde el primer día en el que vi su imagen en sepia, elegante, esbelto, sonriente, mirándome con esos ojos todopoderosos. Ahí está: creo que a los nueve años lo amaba porque él podía hacer lo que se le daba la gana, que era algo que supongo que yo quería y no podía. El saltaba por el aire, iba y venía a los lugares más increíbles, conseguía lo que se proponía así el mundo entero se le opusiera, y yo lo encontraba una vez por semana y moría de amor por él. Para colmo de desdicha, o de dicha, mi mamá se oponía. "Son porquerías", decía, y me tiraba a la basura todas las revistas de historietas. Pero yo lograba salvar algunas y las escondía y podía seguir leyéndolas hasta el jueves siguiente para no dejar de verlo y de admirarlo.

Los otros, esos que lo acompañaban, no me importaban. Narda era princesa, sí, pero era una idiota que se la pasaba haciendo pavadas, cayendo en trampas que le tendían los enemigos de él. Cierto que él parecía amarla, como que a cada rato la salvaba de las garras de los malos, pero a mí qué. Yo ni la miraba.

Y Lothar estaba bien porque un héroe siempre necesita un ladero, compañero, subordinado, caballo, perro, un negro exótico en este caso, lo que fuera, así que tampoco me importaba.

Y pasaron los años, pero no fui a contarle mi desengaño a ninguna vieja pared del arrabal, porque no había desengaño que contar. Simplemente lo seguí amando y él siguió salvándola a la idiota ésa de los precipicios y los venenos y las mazmorras y Lothar siguió llegando a tiempo en todas las ocasiones que le hacía falta. Pero ah, cuidado, chicas, ya sabemos que al amor le hacen falta incentivos y que la rutina es la tumba de la pasión. En esto de amarlo sucedió que empecé a meterme yo en la historieta y eso agregó un ingrediente estupendo a las aventuras de Mandrake. A veces yo era Narda y a veces yo era otra que aparecía recién llegada de algún país lejano, qué digo, lejanísimo, y la desbancaba a la princesa pavota. Pero claro, en cualquiera de los dos casos lo que había que hacer era inventar *otra* aventura. Un día descubrí que las estaba inventando hacía un rato largo y entonces lo abandoné. Le expliqué que estaba un poco confusa y que necesitaba tomarme un tiempo y él, maravilloso hombre de mis sueños, entendió perfectamente.

Anduve con otros, tengo que confesarlo, pero nunca lo olvidé. Como que en esto de inventar aventuras a veces la gente le da a una más importancia de la que en realidad una tiene y le pregunta cosas y una de las cosas que le pregunta es: ¿Quiénes son tus padres literarios? Jamás dejo de nombrar a Mandrake el Mago, ese hombre divino, de capa, galera y bigote que fue uno de los que me enseñaron a contar aventuras y a hacerles creer cosas inverosímiles a los demás.



Un brindis por Heredia

POR MARCIA SCHVARTZ

Conocí al viejo Alberto Heredia supongo que en el '74 o '75. Nos llevó El Vasco, un compañero de Bellas Artes, a un grupo de "pichones de artistas". El nos recibió en su mínimo departamento de la calle Paraná y de las estanterías empezó a sacar lenguas tipo pijas con dientes, sangrantes. Nos mostró mucha obra, compró vino, se entusiasmó con nosotros, nos habló del arte, de la irreverencia, de la pasión. Ahí empecé a amarlo.

Lo reencontré cuando volví de España. Al Vasco –nuestro amigo común–, lo habían matado pero antes había pasado años en clandestinidad. En esos momentos de horror se escondió muchas noches en lo de Alberto. El lo protegió y el recuerdo del Vasco nos volvió a unir.

Heredia era antifacho, anticareta. Era gay y odiaba a las mariquitas del ambiente plástico. Era orgulloso y genial. Bailaba provocadoramente con su bastón en las *fiestas finas*. Se cagaba en los figurones. Era incómodo para el cinismo que se fue instalando entre nosotros, los artistas.

Expusimos dos veces con él y Felipe Pino: no le importaba que fuéramos más jóvenes y mucho menos conocidos que él, no era jerárquico.

Era lo que yo llamo *un artista*, cuando intento devolverle a esa palabra un sentido que ésta parece haber perdido.

Murió el lunes y en el entierro un cura sórdido balbuceó incoherencias sobre su féretro. Nadie dijo "Fue un gran artista", "Era escultor..." nada.

Todo terminó en la galería 22, fila 5, nicho municipal 4269 de la Chacarita.

Vaya mi homenaje, querido maestro ¡Salute Heredia!

Guerra a los mediocres y los chupamedias.



Mandrake, toda la vida



OR ANGÉLICA GORODISCHER

ues sí, lo amé toda la vi- la y por supuesto que lo igo amando porque no se leja de lado así nomás un mor tan persistente. Que por qué lo amo? Ah, aramba, vamos a tratar le averiguarlo sin recurrir Monsieur Pascal, que es- á tan manoseado el pobre ue cada vez que se habla le corazones y de razones us huesos se deben revol-ver en la tumba, pero creo que lo amé desde el primer día en el que vi su imagen en sepia, elegante, esbelto, sonriente, mirándome con esos ojos todopoderosos. Ahí está: creo que a los nueve años lo amaba porque él podía hacer lo que se le daba la gana, que era algo que supongo que yo quería y no podía. El saltaba por el aire, iba y venía a los lugares más increíbles, conseguía lo que se proponía así el mundo entero se le opusiera, y yo lo encontraba una vez por semana y moría de amor por él. Para colmo de desdicha, o de dicha, mi mamá se oponía. "Son porquerías", decía, y me tiraba a la basura todas las revistas de historietas. Pero yo lograba salvar algunas y las escondía y podía seguir leyéndolas hasta el jueves siguiente para no dejar de verlo y de admirarlo. Los otros, esos que lo acompañaban, no me importaban. Narda era princesa, sí, pero era una idiota que se la pasaba haciendo pavadas, cayendo en trampas que le tendían los enemigos de él. Cierto que él parecía amarla, como que a cada rato la salvaba de las garras de los malos, pero a mí qué. Yo ni la miraba. Y Lothar estaba bien porque un héroe siempre necesita un ladero, compañero, subordinado, caballo, perro, un negro exótico en este caso, lo que fuera, así que tampoco me importaba.

Y pasaron los años, pero no fui a contarle mi desengaño a ninguna vieja pared del arrabal, porque no había desengaño que contar. Simplemente lo seguí amando y él siguió salvándola a la idiota ésa de los precipicios y los venenos y las mazmorras y Lothar siguió llegando a tiempo en todas las ocasiones que le hacía falta. Pero ah, cuidado, chicas, ya sabemos que al amor le hacen falta incentivos y que la rutina es la tumba de la pasión. En esto de amarlo sucedió que empecé a meterme yo en la historieta y eso agregó un ingrediente estupendo a las aventuras de Mandrake. A veces yo era Narda y a veces yo era otra que aparecía recién llegada de algún país lejano, qué digo, lejanísimo, y la desbancaba a la princesa pavota. Pero claro, en cualquiera de los dos casos lo que había que hacer era inventar *otra* aventura. Un día descubrí que las estaba inventando hacía un rato largo y entonces lo abandoné. Le expliqué que estaba un poco confusa y que necesitaba tomarme un tiempo y él, maravilloso hombre de mis sueños, entendió perfectamente.

Anduve con otros, tengo que confesarlo, pero nunca lo olvidé. Como que en esto de inventar aventuras a veces la gente le da a una más importancia de la que en realidad una tiene y le pregunta cosas y una de las cosas que le pregunta es: ¿Quiénes son tus padres literarios? Jamás dejo de nombrar a Mandrake el Mago, ese hombre divino, de capa, galera y bigote que fue uno de los que me enseñaron a contar aventuras y a hacerles creer cosas inverosímiles a los demás.

Un brindis por Heredia

OR MARCIA SCHVARTZ

Conocí al viejo Alberto Heredia supongo que en el 74 o '75. Nos llevó El Vasco, un compañero de Bellas Artes, a un grupo de "pichones de artistas". El nos recibió en su mínimo departamento de la calle Paraná y de las estanterías empezó a sacar lenguas tipo pijas con dientes, santrantes. Nos mostró mucha obra, compró vino, se entusiasmó con nosotros, nos habló del arte, de la irreverencia, de la pasión. Ahí empecé a amarlo.

Lo reencontré cuando volví de España. Al Vasco –nuestro amigo común–, lo habían matado pero antes había pasado años en clandestinidad. En esos momentos de horror se escondió muchas noches en lo de Alberto. El lo protegió y el recuerdo del Vasco nos volvió a unir.

Heredia era antifacho, anticareta. Era gay y odiaba a las mariquitas del ambiente plástico. Era orgulloso y genial. Bailaba provocadoramente con su bastón en las *fiestas finas*. Se cagaba en los figurones. Era incómodo para el cinismo que se fue instalando entre nosotros, los artistas.

Expusimos dos veces con él y Felipe Pino: no le importaba que fuéramos más jóvenes y mucho menos conocidos que él, no era jerárquico.

Era lo que yo llamo *un artista*, cuando intento devolverle a esa palabra un sentido que ésta parece haber perdido.

Murió el lunes y en el entierro un cura sórdido balbuceó incoherencias sobre su féretro. Nadie dijo "Fue un gran artista", "Era escultor..." nada.

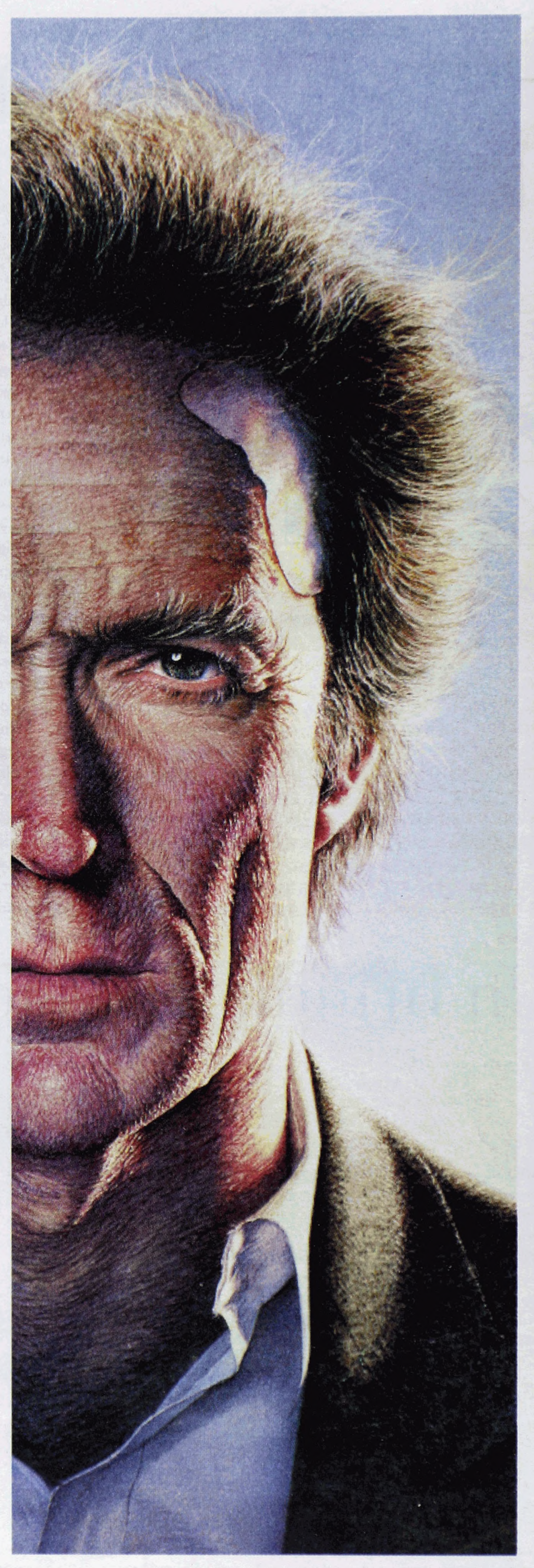
Todo terminó en la galería 22, fila 5, nicho municipal 4269 de la Chacarita.

Vaya mi homenaje, querido maestro ¡Salute Heredia!

Guerra a los mediocres y los chupamedias.



Queridísimo Clint



POR MOIRA SOTO

Me flechó para siempre desde que llegó de ninguna parte en los westerns de Sergio Leone de los '60, mercenario justiciero de poncho cada vez más sucio y rotoso (que después colgaría en un restorán de California), un cigarro apagado entre los dientes, mirada perforadora, sombrero de ala recta, demorándose el doble para todo, salvo para desenfundar.

Clint Eastwood había cruzado los mares a los treinta y pico, después de haber salvado a Mara Corday de una voraz tarántula gigante que se la quería merendar y de ser uno de los cowboys –el más lindo, obviamente– de la serie de televisión "Cuero crudo". Llegó a España, a los campos de Almería, para hacerse cargo de ese samurai que no necesitaba de manuales para hacer lo suyo, convocado por el maestro (por entonces no reconocido) Sergio Leone: cinéfilo apasionado y exquisito, Clint había advertido en el guión de *Por unos dólares más* una versión estilizada de *Yojimbo*, de Kurosawa.

Muchas, muchísimas balas de fogueo han sido disparadas en la pantalla por este hombre de rostro cada vez más agrietado –que algún chistoso corto de miras comparó, por presunta inexpresividad, con las cabezas de los presidentes del Monte Rushmore–. Lo han llamado "fascista medieval" (Pauline Kael), misógino, "un artista que desconoce su propio valor como tal" (Norman Mailer), el último puritano norteamericano... mientras que Jean-Luc Godard le dedicó su film *Detective*. Ajeno a denuestos y elogios, renuente a definirse políticamente (a lo sumo declara que lo aburren soberanamente los extremismos dogmáticos de cualquier signo), Clint Eastwood ha ido decantando hasta la sublimación su personaje lacónico, irónico, principista, cada vez más crítico de la glorificación de la violencia ("que no es ni bella ni prestigiosa, sólo generadora de dolor en sus víctimas y en quienes la ejercen").

Genuino espíritu independiente *avant la lettre*, fundó su propia compañía en los tempranos '70, la bautizó burlonamente Malpaso y liberó a fugitivos y a jinetes pálidos con impronta bíblica. Aunque retomó ya envejecido el aspecto de homeless de la trilogía de Leone en el William Munny de *Los imperdonables*, Eastwood quizá ya no vuelva al Lejano Oeste. Pero en su mirada metálica perduran destellos de aquel Hombre sin Nombre que con los años se volvió más complejo, misterioso, inclasificable, siempre de una rara fidelidad a sí mismo. Porque aún como el heterodoxo policía Harry Callahan, personaje que no pertenecía en línea directa a sus creaciones, C.E. aplicó la lógica y la moral del western.

BECKETT Y BOWIE

dos bocaditos

POR RENATA SCHUSSHEIM



¿Gustarme? ¿En qué sentido? A no, no se trataba de *eso*. Menos mal. Los tipos que me han gustado *también* me han gustado físicamente aunque nunca le pondría en titulares de marquesina *El hombre que amo* a un *the face*. Si pienso espontáneamente pienso en Samuelillo. Beckett, claro. Y en otra cara del mismo estilo: la de David Bowie. En ninguno de los dos casos se trata de caras fáciles. Son largas, con hoyuelos, dientes y pelos parados. Con algo de ave. En la de Beckett está su silencio. No sólo el de sus obras sino el de su vida. En los libros de memorias nunca aparece diciendo grandes parrafadas; es difícil encontrar una cita detallada. La imagen es la de alguien que habla con monosílabos, reservado, tímido. He visto fotos de cuando era el secretario de Joyce, un joven delgado muy bello. Pero la edad le puso en la cara otra cosa: ese mapa de arrugas, esos ojos agudos. La edad le sienta bien. Como a David Bowie que me gusta bajo todo punto de vista. No sólo la evolución de su cara sino la manera en que ha transcurrido, seguido y transformado las cosas que va haciendo sin detenerse. Siempre, en cada período, maravillosamente.

Cuando se piensa en quien ama uno, un poco más allá de la vida real –aunque en estos casos siempre se trata de personas que están presentes a lo largo de la vida–, una se pregunta ¿quiero conocerlo? ¿Acostarme con él? ¿O comérmelo? Yo me inclino por esto último.

HAMLET

¿El amor no es ficción?





POR CRISTINA BANEGAS

Mi primera elección de personaje fue Hamlet. Siempre enamorada de la inteligencia, del pensamiento abismado. ¿Quién otro sino él? Pero enseguida me imaginé enloqueciendo como Ofelia, arrastrada a la dimensión de la tragedia. Sufrir y sufrir. Entonces se me cruzó alguien inesperado: Huckleberry Finn. Esa frescura, esa relación con la aventura, con la acción, cómo no amarlo mientras lo leía de chica.

Pero también, si hay que ser fiel, Julian Sorel en las pasiones de *Rojo y negro* me encendió el corazón y *El idiota* Michkin, con su alma de infinita transparencia me conmovió profundamente.

Sí, los amé a casi todos en esa relación secreta de la lectura. Tengo la certeza de que fueron andamiajes en la construcción del otro: en la actuación, cuando la relación con el personaje involucra la propia subjetividad pero también la construcción del otro en el amor real, esa otra ficción que nos lleva la vida. ¿O el amor no es ficción? ¿O el personaje no existe? O ¿ser o no ser?

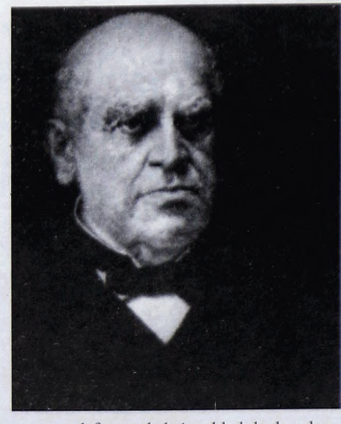
El visionario

POR MARIA JOSE LUBERTINO

Me costó bastante elegir: hay varios hombres que me fascinan por su genialidad o capacidad de visión. Me decidí por Sarmiento porque es un hacedor, pero un hacedor visionario. Lo más fascinante de su personalidad creo que es su visión, pero no era un simple visionario, sino un visionario que llevó a la práctica muchas de las cosas que pudo soñar. Además, lo hizo no desde un lugar privilegiado, sino que partió de superar, en principio, sus propias limitaciones. Me resulta fascinante que él asuma la adversidad como oportunidad para superar los límites. Como corresponde en estos casos, mi propio papá era un personaje de estas características, y me parece que lo fundamental, lo que resulta encantador de Sarmiento son algunas cosas de la historia de su vida. Es alguien que nace en San Juan en 1811, y si aún hoy San Juan es una provincia desfavorecida en muchos aspectos y con dificultades para su desarrollo, en aquellos años era de un aislamiento peor. El nace en una familia que tenía 15 hijos, el padre era un arriero que fue peón y soldado, y es interesante que Sarmiento desde chico se negó a seguir una carrera religiosa, como su madre quería que hiciera, y no pudo obtener una beca para venir a estudiar a Buenos Aires, al Colegio de Ciencias Morales. Le negaron esa beca cuando tenía 12 años y la única manera de tener una educación universitaria era entrar en ese colegio o el de Córdoba. Entonces, él a los 16 años empieza a leer a todos los pensadores más importantes de aquel momento, a Rousseau, a Franklin, y comienza desde muy joven a ponerse en contacto con el movimiento romántico europeo.

Además, sus idas y venidas, sus exilios a Chile, le van abriendo la perspectiva de un mundo distinto. El vivió en Chile una situación de libertad de prensa, estuvo en contacto desde muy joven con la universidad de Santiago de Chile, se abrió a un mundo intelectual por decisión propia, y luego a través de su pluma como periodista escribió las ideas que creía interesantes para su patria. Creo que sus grandes utopías, claramente, fueron la educación pública, la educación popular, la libertad de prensa, el respeto por los derechos de los individuos, la construcción de una república, la consolidación de una democracia. Básicamente, creo que el eje de su lucha era la república, acabar con el caudillismo, con todo tipo de autoritarismo. Se fue armando su propia historia de vida y pudo proyectar una visión para la Argentina, que después en el ejercicio de los cargos públicos pudo ir cumpliéndolo. Algo muy interesante es que él se vuelve un colaborador muy cercano al ministro de instrucción pública de Chile, Manuel Montt, y ese ministro lo manda a recorrer los continentes para hacer un estudio de sistemas educativos comparados. Sarmiento viaja desde 1845 a 1848, y es un viaje muy sustantivo para él. Compara los sistemas de Africa, Europa y América, y hace un informe cuando vuelve a Chile. El comprende el gran secreto, la gran consigna es esa frase de "educar al soberano". Construye la utopía de una República Argentina a partir de la educación popular.

La ilusión de Sarmiento fue el progreso de la Argentina, pero de las personas, de los ciudadanos, este concepto de que para ser ciudadano había que ser instruido. Yo adoro sus conceptos vinculados con la educación mix-



ta, es un defensor de la igualdad de derechos de las mujeres. Es un gramsciano antes de Gramsci, planteaba combatir el caudillismo y la ignorancia desde el periodismo y la educación popular. Lo que me resulta fascinante es su visión de futuro y su capacidad no sólo de tener una utopía, sino de echar a andar el camino para ponerle movimiento. El hombre de mi vida también es un hombre así, pero creo que en este nuevo siglo hay una vacancia de visionarios. Hace falta más imaginación y más entrega para construir un mundo distinto. Es muy probable que, más allá de las personalidades singulares, encontremos respuestas juntos mujeres y varones si logramos combinar nuestras visiones.

Uno que empieza con P

POR JULIANA MARINO

Si la admiración es amor, amo a muchos hombres (y por qué no a muchas mujeres); si compartir un ideal es amor, vuelvo a amar a muchos seres humanos; si el atractivo físico es amor, necesitaría muchas vidas para gozar de tantas caras, manos, ojos y bocas bellas e intensas; si la voz cautiva, podría elegir alguna de ellas para toda la vida, si ser buena persona, leal y sincera es "lo más" (como dicen mis hijas), podría renunciar a alguna de las otras condiciones; en cualquier caso la persona amada debería amarme intensamente, única y definitiva condición para el amor verdadero.



Cuando acepté escribir esta nota sabía de su dificultad. Ni siquiera muchas veces uno ama durante toda la vida; cuánto más arriesgado es elegir un solo hombre, al que una no conoce sino a través de sus idealizaciones, dejando de lado otros, para declararle su amor a través del periodismo. Voy a atreverme.

Admiré mucho a Perón; tal vez la edad de nuestro encuentro fue la adecuada, yo una piba joven en un mundo que buscaba la justicia y él, un viejo de vuelta de las cosas y dispuesto, con sabiduría, a hacer feliz a un pueblo. Ese Edipo se compartía con mi papá (aunque no era peronista) y con Mao y Ho Chi Min (que eran comunistas). Y a todos los dejé por la alegría de vivir y el coraje de Camilo Cienfuegos. Como se ve, un desdén grande por las ortodoxias.

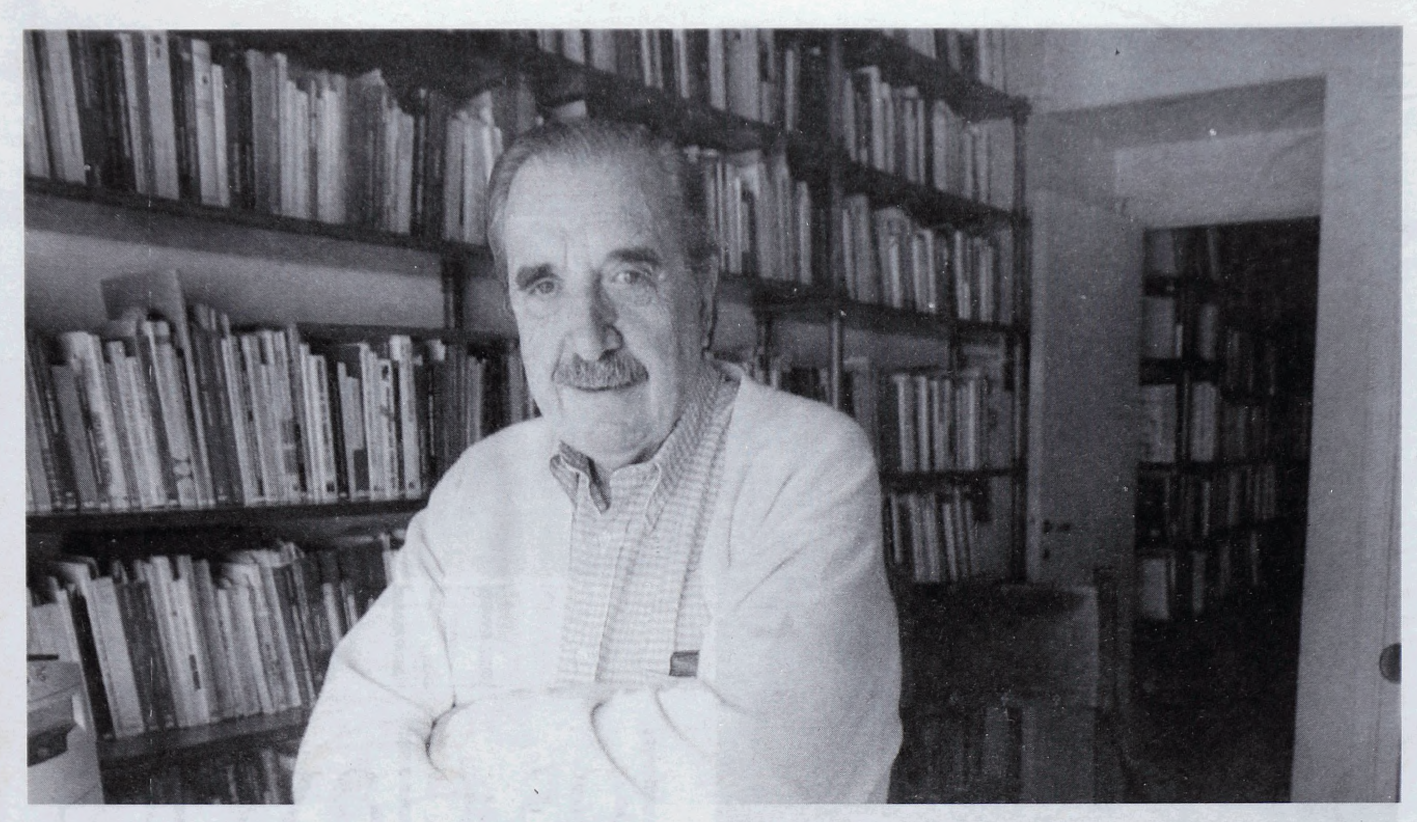
La literatura y la filosofía me llevaron a amar a Hegel, una cabeza impresionante, una comprensión fuera de serie, a Malraux porque me hacía ganar tiempo en el conocimiento de la condición humana, a Gandhi porque me enseñó que se puede ser pacífico y apasionante, íntimamente libre y leal a la humanidad; y amé díscolamente a Raúl González Tuñón, a Raúl Scalabrini Ortiz, a César Vallejo y a Rodolfo Walsh porque he sido siempre muy sensible frente al timbre y el valor de las palabras.

Y hablando de la palabra y la voz, hay pocas cosas más seductoras que un español susurrante, se llame Fernando Savater (que además de inteligente y chispeante, es vasco y todavía lo puedo conocer), Imanol Arias o ¡Joan Manuel Serrat! ¿Quién de nosotras no lo amaba, sobre todo cuando preguntaba (estoy plagiando a una amiga) "¿Quién se pondrá mi pijjama?" Pero hay alguien a quien verdaderamente he amado, Steve McQueen, por viril, por dulce, por su boca, por ser tan personal, por su muerte prematura y sólo lo hubiera engañado, aunque todo el tiempo, con Marcello Mastroianni.

Claro que el tiempo pasa y ya no estoy tan enamoradiza. Si uno no ha vivido tan mal, el alma se le agranda, caben los hijos, los nietos, muchos amigos, los compañeros, los grandes hombres y mujeres que devinieron tales en el mismo tiempo vital; las exigencias para el amor se achican y se agrandan en otros sentidos, cabe la naturaleza intensamente, el arte, la espiritualidad y la necesidad de atrapar cada instante.

Pensándolo bien... aún quisiera atrapar, antes de ser muy viejitos, a Fidel Castro, mi último gran amor en un mundo de hombres importantes cobardes. Aprecio considerablemente su gran paciencia, su capacidad de docencia, esa humildad basada en la soberbia y el orgullo que le da estar parado en su dignidad y en la dignidad de su pueblo. Lo escucho en los foros de esta civilización y admiro profundamente que hable de lo que no se habla, admiro su confianza acerca de un mundo posible. Además cuentan sus compañeros que ama a las mujeres y yo podría suponer que le interesa ser amado.

Desnudada mi alma de mis amoríos voy a guardar para mí como un secreto la piel y la boca que amo, acá nomás a la vuelta de mi ciudad y que se hacen famosas cuando están conmigo.



Amor cosecha 83

POR ELISA CARRIO

Es gallego, machista, mandón, un horror, pero yo sigo enamorada de él.
Lo conocí a los trece o catorce años; almorzando en mi casa. La verdad, no me impresionó demasiado. Quería ser presidente, iba acompañado de un tipo más serio, se llamaba Conrado Storani. Qué tupé, pensaba yo, adolescente, enamorada de Neruda, el Che y la Revolución. Me parecían conservadores, mi padre lo amaba y repetía que sólo él podía cambiar el país.

Lo volví a ver a los dieciséis, cuando me casé. Estaba con Amaya... Ya me gustaba un poquito más. Y es que el amor, como el buen vino, fue creciendo con el tiempo. Creció en la dictadura y explotó allá por el ochenta y dos, ochenta y tres. Fue el tiempo del amor definitivo. Recitaba el Preámbulo y llorábamos, nos tomaba de las manos y llorábamos. ¡Ay, qué amor! Como Woody Allen en Manhattan, si por algún instante vale la pena vivir, es por la victoria del '83 y el juzgamiento de las Juntas.

Como en toda relación de amor, tuvimos muchas broncas. Hubiera querido que en lugar de ¡Felices Pascuas! hubiera caminado con la Plaza hacia Campo de Mayo.

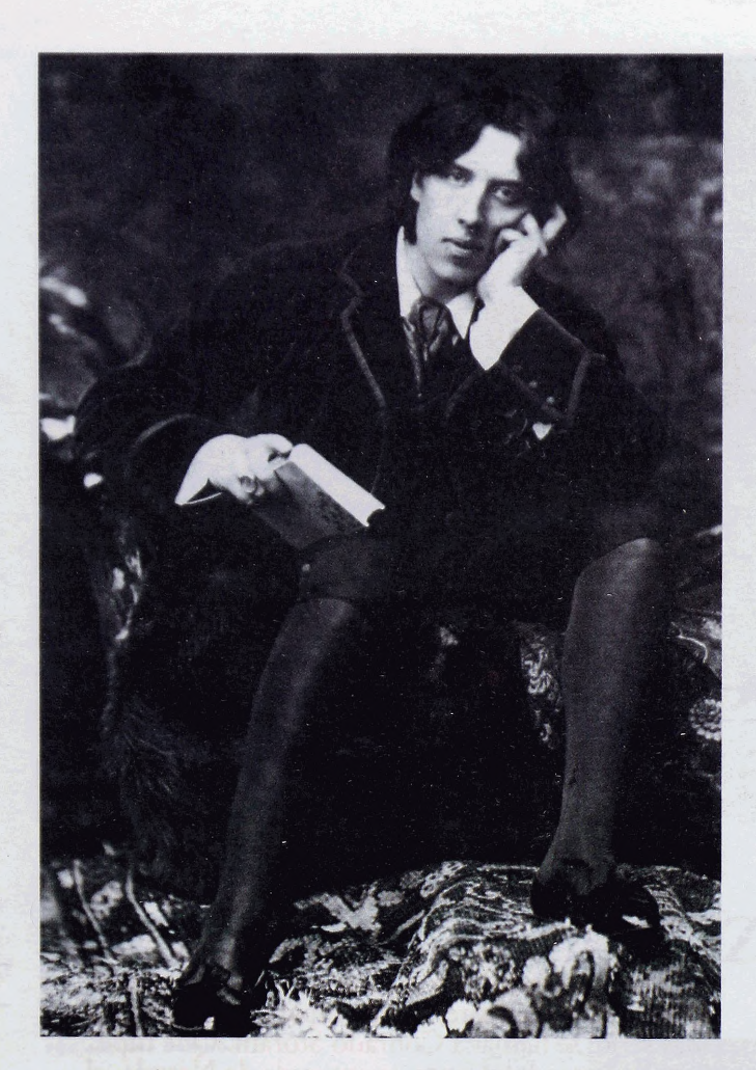
Lloré de bronca y desilusión con la Obediencia Debida y el Punto final.

Quería dejar de amarlo... no pude.

Lo reencontré en la Convención Constituyente, yo votando en contra del Pacto de Olivos, él, protegiéndome de los obsecuentes de siempre.

Trabajamos codo a codo en los temas habilitados. Me apoyó en la Jerarquía Constitucional de los Tratados de Derechos Humanos. Lo vi plantado, con una dignidad no vista en otros políticos, frente a las presiones del establishment.

Ahora yo estoy más vieja y deteriorada que a los trece, él igual de obstinado. A pesar de todo, él es el hombre político que más he amado después de mi padre, claro, que me enseñó a amarlo, lo cual no significa que le sea obediente. El más que nadie nos enseñó la rebeldía intrínseca de las convicciones más profundas.



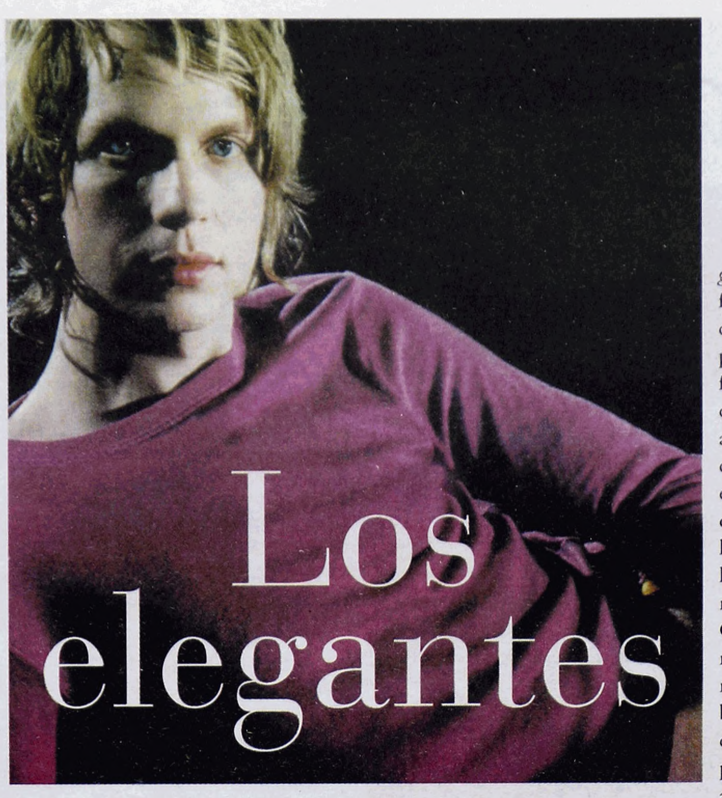
El de los claveles verdes

POR SOLEDAD VALLEJOS

Difícil precisar cuándo empecé a adorarlo. Admito, sí, que, en un principio, me dejé llevar más por su historia (que se me antojaba irremediablemente romántica, aunque él no haya tenido el tino suficiente para pescarse la tuberculosis de rigor) que por él. Pero inmediatamente quedé atrapada, atrapadísima, por el señor que una noche de estreno de alguna de sus obras (*El abanico de lady Windermere,* creo) encargó a un amigo que dispusiera una cantidad considerable de claveles verdes por el teatro. El mismo llevaría uno al momento de agradecer los aplausos, y entonces, predijo, "la gente me mirará interrogante. Entonces, mirarán a su alrededor y verán motas verdes desperdigadas en el teatro. 'Debe tratarse de algún símbolo secreto', se dirán. '¿Qué demonios debe representar?'". Su amigo preguntó lo mismo, y obtuvo por toda respuesta "no significa nada en absoluto, pero esto no lo adivinará nadie". Así se hizo, con un pequeño detalle: esos claveles verdes sí tenían un significado, y hubiera sido de lo más provocativo para la sociedad victoriana de haberlo sabido al momento de lucirlos, porque eran el emblema del amor homosexual en París. Y eso, claro, Wilde lo sabía. Me resultó imposible no rendirme locamente, porque esa misma noche (vamos sumando: una obra bastante crítica, la burla de los claveles) agradeció la devoción de su público de la manera más brutal: "He disfrutado inmensamente de esta velada. Los actores nos han deleitado con una encantadora entrega de esta deliciosa obra y la apreciación que ustedes han demostrado denota una gran inteligencia. Los felicito a todos por el enorme éxito de su actuación, lo que me persuade de que su opinión es casi tan elevada como la mía". "Casi tan elevada", casi tan inteligentes como yo, cerca de mi grandeza pero sin siquiera rozarla (como sea, nunca llegarán a mis talones), ésa era la clave de toda su obra, de toda su vida, de todo Wilde, por lo menos hasta su horrenda época en la cárcel. Esteta, decadente o hedonista (poco importa), sólo pregonaba y perseguía la belleza en todas sus formas, en estado puro (ése que, enseñó a sus hijos, siempre debía hacerlos llorar), en la juventud, en un jacinto, en la luna (nunca en las puestas de sol, siempre vulgares), en el rostro aniñado del ingrato lord Alfred Douglas. " Sólo la gente superficial no juzga por las apariencias. El verdadero misterio de la vida es visible, no invisible", teorizó en *El retrato de Dorian Gray.*

Pero por otra parte, él mismo se encargaba de deslucir su producción (aunque, en verdad, se tratara de otra forma de amarse), cuando se confesaba incapaz de describir acciones, "mis personajes se sientan en sillas y conversan. Me temo que es muy parecido a mi propia historia: mucha conversación y nada de acción". De todas maneras, si así hubiera sido, la supervivencia de sus textos estaba más que justificada. Pequeños ejemplos: "la moderación es fatal, nada conduce al éxito como el exceso"; "siempre es bonito saberse esperado y no llegar"; "la esencia misma del romance es la incerteza. Si alguna vez me caso, ciertamente trataré de olvidar el hecho"; "en la vida matrimonial tres es compañía y dos no son nada". No me cuesta imaginar esas frases (casi todas parlamentos de sus obras) saliendo de su boca –"no conversaba: narraba", escribió Gide–, con su voz grave y acento irlandés, o deformando entonaciones para crear sentidos –"casi no tenía acento, salvo el que le gustaba conservar, y podía imprimir a las palabras un matiz nuevo y a la vez exótico"–. Pensar la vida como una serie de réplicas agudas acompañadas de vinos sensuales, aroma de tabaco y brillante escándalo, y dejar eso por escrito hubiera sido más que suficiente para adorarlo. Pero además de eso, y del dolor intenso de *De profundis,* explicó que "es la obligación de todo padre escribir cuentos de hadas para sus hijos", y lo hizo. La pasión que recorre *El pescador y su alma* (donde, muy a su pesar, narra acciones, y con una delicadeza sublime), o la ingenuidad perversa y la entrega que construyen *El cumpleaños de la infanta* no son otra cosa que relatos hechos para sus niños, textos imperdibles para cualquiera que necesite perderse en un laberinto de magia a la antigua. Fiel a sí mismo como pocos, alguna vez decretó que en los asuntos menos importantes es el estilo, y no el contenido, lo fundamental. Agregó: por supuesto que en los asuntos de extrema importancia, es el estilo, y no el contenido, lo fundamental. Al agonizar, pobre y hospedado en un hotel parisino de pésima reputación (pero no de la que él buscaba), bebió un trago de champagne y no pudo evitar replicar "muero muy por encima de mis posibilidades".

La última razón, un momento del juicio que arruinó su vida: el abogado del hombre que lo denunció por sodomía sugirió que "el amor y el afecto del retratista de Dorian Gray podía inducir a un individuo corriente a creer que podía tener una cierta tendencia". Wilde respondió: "Desconozco el punto de vista de los individuos corrientes". El abogado persistió: "¿Ha adorado usted locamente a un jovencito alguna vez?". "No, locamente no. Prefiero el amor, es una manifestación más alta... Nunca he adorado a nadie salvo a mí mismo".



Los elegantes

POR VICTORIA LESCANO

Hay quienes colgarían de una marquesina la imagen de Sid Vicious con collar de perro y señales de dolor impresas en la piel por alfileres de gancho, a Jim Morrison con los pantalones de cuero con que sentó las bases del estilo del rock y le quedaban geniales hasta que engordó, a James Dean en uniforme de denim oscuro y chaqueta Perfecto de cuero o a Jagger con la consigna Mick es sexo en la hebilla del cinturón. Yo, en cambio, prefiero a Gregory Peck en su rol de reportero cruza de dandy y rufián jugando al poker vestido con traje de Brioni en *La princesa que quería vivir* y luego a George Peppard paseando por barras de bares, cocktails y bibliotecas con atuendos de franela gris y aire de college boy –aunque en rigor de verdad en la trama de *Desayuno en Tiffany's* es el protegido de una señora del uptown–. Los dos reflejan una elegancia nunca ostentosa, maníaca o maricona como el bello Brummel ni temen a que sus atuendos se llenen de surcos si tienen que abrazar a las protagonistas femeninas, en este caso Audrey Hepburn en sus roles de la intrépida Holly Golightly o la princesita adoradora de pijamas a rayas.

Desde que en los ochenta los trajecitos Armani bastardearon el estilo masculino y la irrupción de telas tecnológicas y pantalones a cargo de los noventa hicieron a muchos seguidores de la moda lucir tan sosos como agua de fregar, cada vez que ansiaba toparme con el hombre de mis sueños volvía a rebobinar las cintas de mis clásicos favoritos y congelar la imagen en los idilios entre Gary, George, Audrey y sus trajes.

Para mi dicha, ahora la moda vuelve a lanzar sus dardos sobre los caballeros y Hedi Slimane, el diseñador de la línea pour hommes de Yves Saint Laurent, hace homenajes a los señores del Hollywood de antaño.

En mi vasto listado de looks masculinos favoritos figuran las combinaciones de estampados Príncipe de Gales con pied de poule de Marvin Gaye y los caballeros negros de Smokey Robinson and the Miracles, los trajes blancos bordados con diamantes de Elvis, los Pierre Cardin sin cuello que Los Beatles llevaron en su apoteosis de chicos buenos (por entonces Paul McCartney era el único que sabía hacer los nudos de las corbatas y debía abrochar las de sus coequipers además de contener a John Lennon cada vez que gritaba ¡me quiero quitar esta mierda de traje!). También hay sitio para el ridículo disfraz de marino con que Humphrey Bogart canta el hit "Hoy no tenemos bananas", los foulards con lunares que usa Cary Grant en *Para atrapar al ladrón* mientras come quiche lorraine en una terraza con malvones de la Costa Azul y el minipull de angora que Johnny Deep lució en su rol de *De Wood*, el peor director de la historia del cine, y que tomaba prestado para travestirse del placard de su chica. Y en el colmo de androginia glamorosa los trajes *extravaganza* que salieron de la tienda inglesa. Mr. Fish para David Bowie y Brian Ferry en sus etapas de divas del glam rock. Todos compiten por primeros y segundos puestos de acuerdo con el día y el ánimo.

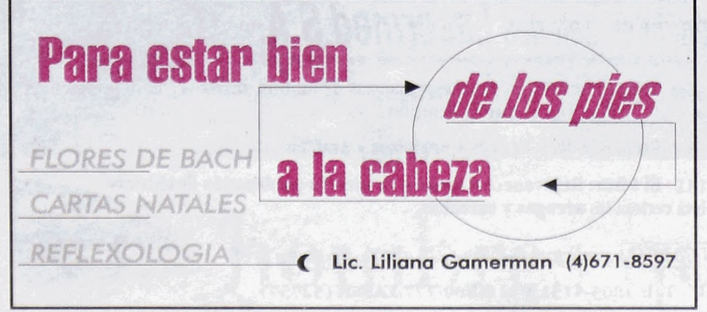
Mi recorrido fetichista por el guardarropas de hombres –debo confesar una manía por revisar los roperos masculinos que se alimentó en la infancia observando los displays para suéters de fino cashemire, corbatas y la caja de pañuelos de mi padre– alcanza el clímax con los zapatos negros con cordones, preferibles de horma vintage, dueños de un morbo inigualable que no podrán reemplazar ni las nuevas zapatillas Nike con el pulgar esculpido ni los capers de golfista tan en boga en las vidrieras.

Jamás podría pronunciar odas a las camisas con monogramas ni ponerme a llorar extasiada como Daisy Buchanan en *El gran Gatsby*. Tal vez alimentada por mi fobia a la disciplina del planchado o la conciencia de que la camisa inadecuada puede opacar el recuerdo de una cita perfecta, fuera del celuloide desarrollé la convicción de que ellos tienen más sex appeal en remeras. Nada de cuello polo con iconos de cocodrilo ni las negras con el facilismo de Homero Simpson bebiendo cerveza, por el contrario me refiero a las ultrabásicas sin otro ornamento que los bíceps o, en el extremo opuesto, a las rojas con pétalos de tela que propone Commes des Garçons en versión nuevo milenio de las camisas con volados de los mods. Para dar credibilidad a esta idea, basta con mencionar a cultores del *casual* con detalles de superproducción que impone Vincent Gallo en el rol de psicótico adorable de *Buffalo 66* o a Beck promocionando *Midnnite Vultures* con un ejemplar de animal print contrastado con un cinturón fucsia con piedras brillantes que con mucha sabiduría le hizo ponerse su novia vestuarista.

A mediados de los sesenta, en una desopilante convención de confeccionistas ingleses, se anunció como verdad absoluta que los hombres de los ochenta archivarían los pantalones y saldrían a seducirnos con faldas al estilo de los soldados romanos; y para ejemplificar el augurio hubo un desfile de hombres en minifaldas que, salvo por el detonante de los pelos en las piernas, pudo pasar por diseños de Mary Quant para chicas arriesgadas. Por suerte la idea no prendió y ahora podemos dejarnos seducir por pantalones de flannel gris o lana virgen que, llevados con gracia, pueden superar en la categoría cool a los 501 de James Dean en *Rebelde sin causa*.







Alguninas frases del año



"Yo creo en el poder de la palabra, es una de mis únicas certezas, es como un talismán, pero parece que a veces va más allá de donde debe, como una flecha que se hunde en la carne." Olga Orozco, poeta, 28/5/99.

"Hasta hace muy poco todavía me preguntaban cómo me arreglaba con las cosas de la casa, como si no supieran, como si no hubiera millones de mujeres que trabajan en dobles y hasta triples jornadas cuando tienen alguna inquietud social. ¿Acaso a un hombre le preguntarías si tiene o no una imagen asexuada? De ellos ni siquiera interesa con cuántos gatos se acuestan."
Graciela Fernández Meijide, ministra de Desarrollo Social, 17/9/99.

"Yo soy una batalla que camina."
Adriana Streijer, vestuarista, 4/6/99.

"Filmar al ser humano en tren de morir: filmar un hombre y una mujer, o bien un hombre y un hombre, o bien una mujer y una mujer, o bien un ser humano y un animal manteniendo relaciones sexuales."
Catherine Breillard, directora de cine francesa, 21/5/99.

"Si febrero es el mes de la Historia de los Negros y marzo es el mes de la Historia de las Mujeres, ¿qué pasa el resto del año?"
Guerrilla Girls, 17/3/00.

"César dice que si he tardado 64 años en fabricar esta cara, por qué va a venir un señor con un bisturí a convertirme en otra persona que quizás él no reconozca."
Mónica Cahen D'Anvers, conductora, 10/9/99.

"Un vez miré fijo a una chica, como hago con hombres y mujeres por igual, y ella me quitó la mirada y apoyó la cabeza en el hombro de su compañero. Yo pensé OK, no te miro más, no quiero molestarte."
Mayra Carlos, actriz que hace un show erótico en un restaurante de Palermo, 17/9/99.

"Yo seguía trabajando como modelo, pero cuando le decía a un escultor que no tenía teléfono porque vivía en la villa, no le gustaba. Me quería por negrita, pero por pobre, no."
Pocha La Madrid, dirigente negra, 6/8/99.

"Te juro que tratando de hacer algo fuera de lo clásico, soy un ornitorrinco."
Eglé Martin, cantante, 21/1/00.

"Yo trato de hacerle entender a mi hija que no es habitual que a la gente la maten. Pero a mí también me genera dudas. La historia de este país no es la del respeto a la vida, pero bueno... trato de que las dos podamos convencernos de que lo habitual es vivir."
Laura Ginsberg, miembro de Memoria Activa, 16/7/99.

"Yo sé que por nuestra disciplina tenemos que ser subordinadas, pero no creo que se deban cumplir las órdenes indignas."
Magdalena Voulquin, policía correntina, 18/8/99.

"Me gusta que la moda baje a la calle, no que provenga de ella."
Coco Chanel, 28/5/99.

"Me gustan los márgenes y me tranquilizan, porque las instituciones son voraces y atrapadoras de conciencias, hacen corazones cautivos."
Liliana Herrero, cantante, 21/1/00.

"¿Por qué será que a una siempre le tira el tipo que le viene a interrumpir la carrera? ¿Será que cuando un hombre te dice 'no, no quiero que lo hagas', una se siente hasta virgen?"
Martha Gularte, vedette, 7/5/99.

"Soy celosa del pasado, del presente y del futuro, con o sin fundamento. Bien enfermita, ¿eh?"
Renata Schussheim, artista plástica, 3/12/99.

"Yo no les pido a los hombres que sean feministas, sino que sean inteligentes."
Elisa Carrió, diputada, 19/11/99.

"Estoy enamorada de la revolución, de un hombre y de mi hija, en ese orden."
Comandante Lucero, de las FARC colombianas, 26/11/99.

"A veces me cuestioné si yo tenía derecho a intervenir en la vida de mi hijo, decirle que forma parte del horror que vivió este país, que está envuelto en mentiras, pero hice una opción por la verdad."
Sara Méndez, ex desaparecida uruguaya que busca a su hijo Simón, 14/4/99.

"El término 'mujeres de la calle' se carga con connotaciones bien interesantes. La calle es el lugar contrapuesto a las cuatro paredes de la casa. En la calle estaba la economía, la política, por la calle pasaba la historia."
Laura Restrepo, escritora, 10/12/99.

"Sí, importa el tamaño... del cerebro."
Claudia Groisman, sexóloga, 27/8/99.

"Somos gente común, ni más ni menos locos que el resto de la gente. No somos héroes, esto lo puede hacer cualquiera."
Silvia Quadrelli, integrante de Médicos del Mundo, al regresar de los Balcanes, 11/6/99.

"Durante la tortura simultáneamente me preguntaban cosas tan disímiles y absurdas como cuál era la dirección de Firmenich y a cuántas orgías había asistido."
Pilar Calveiro, ex detenida y escritora, 21/1/00.

"Cuando mi padre, y eso que está muy orgulloso de mí, ve su apellido pintado en las paredes, en estos días, se pregunta por qué a mí me apasiona tanto vivir como vivo. Yendo a los programas de televisión, a los actos. Cuesta mucho aceptar eso de una mujer"
Cecilia Felgueras, candidata a vicejefa de Gobierno, 31/3/00

"Una sola mujer es infinitamente mejor que muchas a la vez, y los hombres se privan de eso por buscar dividida a la madrecita y a la pecadora."
Norma Morandini, periodista, 10/9/99.

"A mí lo que me interesa de los hombres es precisamente aquello que aparece cuando se les cae la fachada que suelen mantener con tanto empeño."
Doris Dörrie, directora de cine alemana, 5/11/99.

"Los baños me interesan por el aspecto arquitectónico, son lugares fríos, prácticos, me interesa esa dualidad que hay entre lo frío y lo íntimo, los mundos de mujeres solas y de hombres solos."
Leonor Carballo, fotógrafa, 17/9/99.

"La vulva no existe en los libros de texto, nunca se menciona la función del clítoris y del orgasmo se habla sólo para explicar cómo asciende el semen."
Diana Mas, profesora de biología en un colegio secundario, 23/7/99.

"Seamos honestos: es verdad que en lo doméstico no progresamos mucho. Los franceses hablan de un reparto de tareas que en general se resume a que el hombre saca la basura y la mujer hace todo lo demás."
Sylviane Agacinski, filósofa francesa, 22/10/99.

"El amor es como una zanahoria que se les pone a los burros para que anden".
Almudena Grandes, 22/5/99.